

teo y á otros muchos insignes y santos varones que sería interminable enumerar.

Es necesario amar al Espíritu Santo, para que descieran sobre nosotros sus siete inefables dones y sus doce riquísimos frutos, tales como describió Isaías los primeros y enumeró San Pablo los segundos, á saber: *Caridad, gozo espiritual, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad* (1).

En suma: es necesario amar á Dios Padre, porque somos *de El*; á Dios Hijo, porque somos *por El*, y á Dios Espíritu Santo, porque somos *en El*. (*Quoniam ex ipso, et per ipsum, et in ipso sunt omnia.*)

Gloria al Padre, porque nos crió; gloria al Hijo, porque nos redimió; gloria al Espíritu Santo, porque nos santificó.

Gloria al Padre porque nos llamó; gloria al Hijo, porque nos justificó; gloria al Espíritu Santo, porque nos glorificó.

Gloria al Padre, por lo pasado; gloria al Hijo, por lo presente; gloria al Espíritu Santo, por lo venidero.

Gloria al Padre, con el amor más respetuoso; gloria al Hijo, con el amor más tierno; gloria al Espíritu Santo, con el amor más puro; gloria á la Santísima Trinidad, con el amor más perfecto.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como era en un principio, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA 1.^a

Para el Domingo primero después de Pentecostés.

Del amor de Dios á los hombres.

HERMA NOS míos carísimos: Mucho os encargo que no creáis á todo el que pretenda enseñaros, porque hoy se han levantado en el mundo muchos falsos profetas... *Ellos son mundanos* y por eso os hablan del mundo y el mundo les oye: *nosotros*, por el contrario, *somos de Dios*, y los que conocen y aman á Dios, están unidos con El y escuchan nuestra doctrina.»

(1) Isaías, XI, 2-3; Galat., V, 22-23.

De esta manera, amados míos, comienza el Apóstol San Juan el capítulo IV de su primera carta, de donde la Iglesia ha tomado la Epístola de este día, para mostrarnos cuánto nos ama Dios, y cómo nosotros en correspondencia debemos amarle. Oigamos sus propias palabras; dice así:

Hermanos: Dios es caridad; y la caridad de Dios para con nosotros se mostró en haber enviado al mundo á su Hijo unigénito, para que vivamos por El. En esto consiste la caridad, no que nosotros hayamos amado á Dios, sino que El es quien nos amó primero y envió á su Hijo para que fuese la víctima de propiciación por nuestros pecados. Si de esta manera, hermanos carísimos, nos amó Dios, también nosotros debemos amarnos los unos á los otros.» (I Joann., IV, 8 á 12.)

¡Magnífica lección!, cristianos, si queremos aprenderla. En ella nos muestra el Apóstol San Juan dos verdades muy consoladoras, que yo quisiera acertar á explicar debidamente para avivar más y más en vuestros corazones el fuego del amor sagrado, á saber:

- 1.^a Cuánto ama Dios Padre á los hombres.
- 2.^a Cuánto nos ama á todos Dios Hijo.

PUNTO 1.^o

AMOR DE DIOS PADRE Á LOS HOMBRES

Dios Padre, ser infinito en todo género de perfecciones, es soberanamente amable. Su santidad, su poder, su sabiduría, su bondad, su misericordia y su ciencia no reconocen límites, y la hermosura de su esencia supera á todo lo imaginable. «*¡Grande es el Señor—decía David;—es superior á toda alabanza, y su grandeza no tiene fin!*» (1).

Pues bien; este Señor inefable, inmenso, increado y eterno, se dignó poner los ojos en nuestra nada, y, como dice San Juan al comenzar nuestra Epístola, es todo caridad y amor para con los hombres. *Deus caritas est.* (Verso 8.)

Dios es caridad, es decir, es la caridad misma personificada, al modo que la sabiduría, la bondad, la santidad y todos los demás divinos atributos constituyen su propia y soberana esencia. Grande

(1) *Magnus Dominus, et laudabilis nimis; et magnitudinis ejus non et finis.* (Psalm. CXLIV, 3.)

y sublime elogio de la caridad hace el Discípulo amado cuando dice que *la caridad procede de Dios. (Charitas ex Deo est. Verso 7)*; pero, ¿qué elogio puede compararse con el comienzo de la Epístola de este día, donde leemos que Dios es *la misma Caridad?*

Deus charitas est, y por tanto —observa San Agustín— cuando alguno deja de amar á su prójimo y le falta en lo debido, no puede decir: «Yo pecco sólo contra un hombre», porque falta á la caridad, y, por consiguiente, falta á Dios, que es la caridad por esencia.

Pero, ¿en qué mostró el Señor su inmaculada caridad hacia nosotros? La misma Epístola lo declara diciendo: «*En que Dios envió al mundo á su Hijo unigénito para que vivamos por El.*» (Verso 9.) ¡Parece increíble! Reparemos la fineza de amor que esto entraña.

«*Dios nuestro Señor—dijo el Apóstol San Juan—amó al mundo de tal manera que le dió á su Hijo unigénito (1).*» Es decir, que no es un hombre cualquiera, ni un rey terreno, ni un ángel del cielo el que nos amó, sino Dios mismo, Monarca supremo de cielos y tierra; Dios soberanamente feliz en sí mismo, que para nada necesita de nosotros. Por consiguiente, nos amó con el mayor desinterés, con la mayor fineza y pureza de amor, sin que nosotros lo hubiésemos merecido, y sin que ni aun siquiera lo hubiésemos deseado; nos amó por pura bondad suya, y ¡pásmense los cielos! nos amó, ¡á nosotros!... pobres pecadores, criaturas rebeldes, ingratas á sus beneficios, muchas veces enemigos suyos y dignos de eterna reprobación! ¡á nosotros, que cuando nos vemos castigados le pedimos nos perdone, y que cuando nos perdona le provocamos á que nos castigue!

¿Y cómo nos amó? Esto es lo más admirable; pues para mostrarnos su amor, *nos dió*, no un esclavo, no un extraño, no un hijo adoptivo cualquiera, sino á *su propio Hijo*, é Hijo único, lo cual acrecienta sobremanera el valor del don. Nos le dió, no prestado, no para un día, ni para un año, sino para siempre, para que eternamente fuera nuestro.

Y, nótese bien; nos le dió, no para que recibiese agasajos y alabanzas y triunfos de las gentes, sino para que fuera despreciado, calumniado, injuriado, abofeteado, y clavado en la Cruz y muerto en ella por nuestro amor. «*Así amó Dios al mundo que le dió á su Hijo unigénito.*» (*Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret*).

¿Y por qué tanto sacrificio, tanto baldón y muerte tan ignomi-

(1) Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret. (Joann., III, 6.)

niosa? Nuestra Epístola nos lo dice: «*Para que vivamos por El.*» Es decir, que Jesucristo es nuestra vida, y sin El permanecemos en la muerte. Murió para que vivamos, se humilló para ensalzarnos, padeció para librarnos de los tormentos, y vivió en la mayor pobreza para colmarnos de riquezas, de bienes inmensos y de gloria eterna. «*Para esto envió Dios al mundo á su Hijo unigénito, para que vivamos por El.—Ut per eum vivamus.*» (Verso 9).

—¡Ah!—exclama el grande Apóstol, transportado de amor y reconocimiento: «*¡Si Dios Padre no titubeó en sacrificar á su propio Hijo, y si le entregó á la muerte por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con El todas las cosas?* (Rom., VIII, 32).» Como diciendo: «Dios que nos ha concedido la mayor de las gracias, que es la de haber entregado á su propio Hijo á la muerte por nosotros, ¿cómo nos podrá negar ninguna otra, y menos la de nuestra salvación, sin la cual todas las demás nos serían inútiles?»

«*En esto—dice nuestra Epístola—consiste la caridad; no en que nosotros hayamos amado á Dios, sino que El nos amó primero, y envió á su Hijo en propiciación por nuestros pecados.*» (Verso 10). Nos amó primero para que le amemos después; para excitar nuestro amor, y porque si El no nos ama, ni nos da la gracia de amar, ¿cómo podríamos amarle? ¡Ah, Señor! podemos decir todos, amados para que os amemos; dadnos amor para que podamos amaros, y haced que cesemos de ser ingratos y que correspondamos á vuestro amor con todas las veras de nuestro corazón.

Por último; el Apóstol San Juan en nuestra Epístola, saca de lo dicho esta hermosísima consecuencia: «*Carísimos—dice—si Dios nos amó de esta suerte, también nosotros debemos amarnos los unos á los otros*» (Verso 11.) Lo cual es como si dijera: «Si Dios Padre ama á los hombres por tan maravillosa y no usada manera, y manda que nosotros los amemos de igual modo, ¿qué excusa podremos alegar para no amar á nuestros semejantes y hacerles cuanto bien podamos?»

Así, pues, amados míos, la caridad de Dios Padre para con nosotros se evidencia en que se acordó de nosotros, cuando nosotros no pensábamos en El; en que nos amó siendo pecadores é ingratos, y sobre todo en que nos dió á su Hijo unigénito para que fuéramos salvos y viviéramos por El. Veamos ahora cuál es el amor que el Hijo nos prodiga.

PUNTO 2.º

AMOR DE DIOS HIJO Á LOS HOMBRES

Imposible es á humano entendimiento comprender el amor infinito, que á todos nos tiene Cristo nuestro Señor. Sin embargo, algo podemos colegir de lo mucho que El obró y padeció por nosotros. El amor de Dios Padre, como hemos dicho, le movió á enviarnos á su Hijo unigénito como víctima de propiciación por nuestros pecados (1) y de semejante manera el amor de Dios Hijo hizo á éste aceptar gustoso tan penosa misión. ¡Oh misterio impenetrable del más sublime y del más grande amor!

Jesucristo, Hijo de Dios vivo, consubstancial al Padre y eterno como El, se dignó amarnos, no del modo común, sino de tan fina, sublime, regalada y tierna manera, que pone asombro á los cielos y á la tierra. Infinitamente feliz en el seno del Padre, quiso voluntaria y libremente encarnar y como anonadarse en el seno de la Virgen Madre, y además nacer en humilde y pobre establo de animales para rescatarnos del cautiverio del demonio y para que nosotros nacióramos á vida inmortal y eterna. «¡Bendito sea el Señor Dios de Israel! porque nos ha visitado y ha obrado la libertad de su pueblo... Él nos ha salvado de nuestros enemigos y de la mano de los que nos aborrecen, y por sus entrañas de misericordia, ha bajado del cielo y nos ha visitado.» (Per viscera misericordiae... visitavit nos oriens ex alto. (Luc., I, 68-78.)

¡Bendito sea el Señor Dios de Israel! porque además de revestirse de nuestra naturaleza y de nuestras enfermedades (excepto el pecado), y de nacer pobre y humilde, quiso vivir con trabajos y penalidades durante el curso de su vida terrena, y después padecer y morir en cruz afrentosa para mostrarnos el amor infinito hacia nosotros que ardía incesantemente en su corazón divino.

¡Bendito sea el Señor Dios de Israel! que descendiendo de las alturas inconmensurables del cielo, quiso con inefable ternura, con increíble misericordia y con indecible caridad, anonadarse en la tierra, y trabajar, y sufrir, y abrazarse con la cruz y morir en ella, como diciendo al mundo entero: «Este es el amor que mi corazón atesora para los hombres todos, aun para los pecadores, por más que ellos sean ingratos y rebeldes.»

(1) Misit Filium suum propitiationem pro peccatis nostris. (I Joann., iv, 10.)

¡Oh amor inmenso de Jesucristo! ¡Muere gustosamente por los hombres todos! El Hijo de Dios por los esclavos del diablo, el justo por los pecadores, el inocente por los culpables, el juez por los criminales, el amigo por los enemigos, el Criador por la criatura... ¡Oh amor de Jesús! ¡Oh amor, á qué extremo llegas!

«Por un bienhechor—dijo San Pablo—se ha encontrado quien dé su vida; por un justo apenas hay quien muera; mas por un impío ¿quién querrá morir?»—¿Quién? Cristo nuestro Señor; pues aun estando nosotros en la corrupción del pecado, é incapaces de merecer la menor gracia de su bondad, murió á su tiempo por unos impíos. (Pro impiis mortuus est. Rom., V, 6-7.) ¡Por unos impíos como nosotros, que á la corrupción de nuestra naturaleza hemos añadido multitud de pecados actuales de malicia ó de impiedad! ¡A tal fineza de amor llega el incendio de la caridad divina que arde inextinguible en su sacratísimo y amantísimo corazón!

Y de aquí, amados míos, saca una consecuencia consoladora el grande Apóstol, diciendo: «Si Jesucristo hace brillar el amor que nos tiene, en que, aun siendo pecadores, murió por nosotros, ¿cuanto más ahora que somos justificados por su sangre seremos salvos por El mismo? (1).» Si ama con amor compasivo aun á los malos, ¿cuál será la vehemencia de su amor para con los buenos? Si da su sangre y su vida por sus más crueles enemigos, á fin de que se conviertan y sean eternamente felices en la gloria, ¿qué dará por sus almas predilectas, que le sirven, y le aman, y le alaban y adoran, deseando glorificarle con todas sus obras, palabras y pensamientos? Dejo esto á vuestra consideración, carísimos hermanos, en tanto que yo termino diciéndoos con nuestra Epístola: «Si de esta manera nos han amado Dios Padre y Dios Hijo, ¿cómo debemos amarnos los unos á los otros?»—«Si sic Deus dilexit nos, et nos debemus alterutrum diligere.» (Vers. 11.)

El amor de Dios á los hombres es el modelo del amor que hemos de tener á nuestros semejantes. A Dios le amamos por sí mismo, pero á los prójimos los hemos de amar por Dios; porque Dios lo manda, porque Jesucristo hizo de ello un precepto, porque todos somos hermanos en Jesucristo, porque somos miembros de un mismo cuerpo, cuya cabeza es Cristo Jesús, porque lo que hacemos con nuestros prójimos lo considera el divino Salvador como hecho á su misma adorable persona, porque si nos amamos los unos á los

(1) Christus pro nobis mortuus est, multo igitur magis nunc justificati in sanguine ipsius, salvi erimus ab ira per ipsum. (Rom., v, 9.)

otros, Dios mora en nuestro corazón y nuestra caridad es perfecta (1). Si, amados míos; si nos amamos los unos á los otros con amor de caridad, tenemos la caridad en nuestro corazón, y por consecuencia á Dios, porque Dios es caridad. (*Deus charitas est.*) ¡Qué motivos tan poderosos para que todos vivamos unidos íntimamente con el lazo suavísimo del amor sagrado!

Pero notad bien, que el amor de Dios para con nosotros no ha sido nunca ocioso. Nos amó Dios Padre y nos dió á su Hijo; nos amó Dios Hijo y se entregó á la muerte por nosotros; y, como si esto no fuera bastante, nos ama tierna, dulce y regaladamente Dios Espíritu Santo, quien en unión del Hijo y del Padre, nos comunicó sus múltiples y preciosísimos dones. ¿Qué nombre daremos á este amor? ¿Cómo habremos de corresponder nosotros á tantas y tan soberanas finezas?

Pensad, carísimos hermanos, lo que acabo de indicaros. Dios es amor; Dios envió á su Hijo por amor; por amor nuestro murió el Hijo, y por amor, en unión del Padre, nos envió el Espíritu Santo; y el Espíritu Santo, que es purísimo y suavísimo amor, nos comunica sus gracias, sus dones y sus frutos, para que unidos por amor á la Trinidad Santísima, y unos con otros, consigamos todos la eterna beatitud de los cielos. Amén.

HOMILÍA 2.^a

Para el domingo primero después de Pentecostés.

Del amor de los hombres á Dios.

AMADOS hermanos míos: El fin que se propone la Iglesia, nuestra Madre, en la presente Dominica, es que amemos á Dios, puesto que El nos amó primero; mas como Dios es invisible y no podemos amarle con toda perfección en esta vida, nos exhorta á que nos amemos los unos á los otros, como viendo en nuestros semejantes al mismo Dios, asegurándonos que de esta manera el

(1) Si diligamus invicem, Deus in nobis manet, et charitas ejus in nobis perfecta est.

Señor estará en nosotros y nosotros en El, y nuestra caridad será en lo posible perfecta. Oid las palabras mismas del Apóstol San Juan en la Epístola de este día, y por ellas conoceremos si en realidad amamos á Dios por sí mismo y al prójimo por Dios. Dice así:

Carísimos: Cualquiera que confesare que Jesús es el Hijo de Dios, Dios está en él y él en Dios. Y nosotros hemos conocido y creído á la caridad que Dios tiene por nosotros. Dios es caridad, y quien permanece en caridad, en Dios permanece y Dios en él. Por esto fué consumada la caridad de Dios con nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio, pues como El es, así somos nosotros en este mundo. En la caridad no hay temor, porque la caridad perfecta le echa fuera, y el temor tiene pena; y así el que teme no es perfecto en la caridad. Así, pues, amemos nosotros á Dios, porque Dios nos amó primero. Si alguno aborreciese á su hermano y dijere: Amo á Dios, es mentiroso, pues quien no ama á su hermano, á quien está viendo, ¿cómo puede amar á Dios, á quien no ve? Este mandamiento hemos recibido de Dios: que el que ama á Dios ame también á su hermano. (Joann., IV, 8 al 21.)

Hasta aquí, amados míos, llega la Epístola de hoy, y en ella descubrimos claramente dos cosas, que procuraré explicaros con la mayor brevedad posible.

- 1.^a Cómo se realiza nuestra unión con Dios en esta vida.
- 2.^a Cómo la caridad da confianza y expele el temor.

PUNTO 1.^o

DE LA UNIÓN CON DIOS POR AMOR

Que el hombre fué creado para unirse íntimamente á Dios en esta y en la otra vida, no cabe la menor duda, porque Cristo nuestro Señor, verdad infalible, dijo á su Eterno Padre: *Padre Santo, guarda por tu nombre á aquellos que me diste, para que sean una cosa, como también nosotros... Ruégoos, Padre, por todos los que han de creer en mí, para que sean todos una cosa, así como nosotros también lo somos. Yo en ellos y tú en mí, para que sean consumados en uno solo* (1). Lo cual, hermanos carísimos, viene en conformidad

(1) Pater sancte, serva eos in nomine tuo, quos dedisti mihi, ut sint unum, sicut est nos. (Joann., XVII, 11.) Rogo pro eis, ut omnes unum sint, sicut tu Pater in me, et ego in te, ut et ipsi in nobis unum sint... Ego in eis, et tu in me; ut sint consummati in unum. (Joann., XVII, 21 y 23.)